Foto: beat21.net

El feo, el malo, el bueno

La creciente invasión de sargazos en el Atlántico ha puesto a pensar a operadores del turismo, científicos y empresarios

Por TONI PRADAS

LA playa no estaba desierta; el mar bañaba la piel. El Sol alisaba arrugas que el estrés cavó durante meses de trabajo. Cada *selfie* testimoniará las reparadoras vacaciones.

Mas, una preocupante sombra avanzaba hacia los bañistas. Algunos vadeaban la espuma para alejarse de la mancha intrusa y una señora, sentada a la sombra, con asco sacó la hierbabuena de su mojito.

Un grito estremeció; las miradas asustadas buscaron el origen, un niño feliz lanzado al agua desde los hombros de su padre. Sobresaltado, un salvavidas de la Cruz Roja tensó su esternocleidomastoideo y en la curvatura de sus gafas Lifeguard Pro, a prueba de arena y antivaho, pudo verse reflejada una fea, muy fea invasión de una estera de algas flotantes, esas que llamamos sargazos.

Por fortuna, esta ficticia historia, tal vez muy cotidiana, no es tan tenebrosa como la del tiburón de Spielberg. A falta de una mejor, los científicos le han echado mano a la palabreja que describe el suceso: Evento de Inundación de Sargazo (SIE).

Siempre hubo concentraciones flotantes de macroalgas, claro. Aunque se hallan históricamente en el mar de los Sargazos –una región del océano Atlántico Norte donde la ausencia de corrientes y viento provoca que estas se acumulen como islas con 10 millones de toneladas–, nos acompañaron en ciertos períodos, impulsadas por tormentas y brisas.

Mucho atemorizó durante siglos a quienes navegaron ese territorio impredecible casi del tamaño de Australia, sin fronteras definidas, que cambia de tamaño y de ubicación en función del rumbo de las grandes corrientes oceánicas.

Por eso, muchos relatos y pinturas del lugar son espeluznantes. Si se suma a que se solapa con el misterioso y letal Triángulo de las Bermudas, según los adictos a las teorías conspirativas... Si alguien buscara la puerta del apocalipsis, no existe mejor lugar por dónde empezar.

Pero solo está comprobado que ahí sí mueren las anguilas, si bien no sepamos por qué. Al margen de la leyenda conviven muchos animales, desde tortugas bobas hasta peces sapo. También dorados, peces vela, jureles, peces limón...

Aunque ya ni se sabe qué es real: un silbido de delfín, se ha informado, fue traducido por primera vez mediante un software avanzado de reconocimiento de patrones, y decía "sargazo". ¿Será por semejante inteligencia que los extraterrestres no deciden atacarnos?

Las algas pardas dan nombre a este mar; eso sí, cuando se desplazan flotando hasta las costas y terminan cubriendo las playas, generan muchos problemas medioambientales, económicos y sociales.

Del *Sargassum* –su nombre en vaticano latín– existen más de 350 especies. La mayoría béntica, es decir, ligada al fondo marino. Hay dos, el *Sargassum natans* y el *fluitans*, que –gracias a sus simpáticas frutillas o vesículas de gas– pasan toda su tediosa vida flotando sin necesidad de arraigarse al suelo. Estas se conocen como sargazo pelágico y se distribuyen en zonas tropicales y templadas.

Son, sabemos, comunes en las playas del litoral atlántico. Pero, caramba, algo ha cambiado en los últimos tiempos y ha puesto en alerta a las comunidades científicas y costeras.

Es que cada vez son más frecuentes grandes concentraciones de sargazos fuera de ese mar dentro del mar, donde, se dice, el explorador cartaginés Himilcón –tal vez el primer navegante del Viejo Mundo fuera del Mediterráneo, hacia el 450 a. C. –, pasó travesías horrorosas, entre monstruos marinos y algas.

Peligro para los humanos

Cuentan los modernos cronistas que algo extraordinario ocurrió en el año 2014, cuando la cantidad de sargazo se duplicó y llegó a provocar un desajuste en el ecosistema.

Según los expertos, este comportamiento de la especie se asocia directamente con el cambio climático: al aumento de la temperatura oceánica, alteraciones en las corrientes marinas, cambios en los patrones del viento y la contaminación de las aguas por exceso de nutrientes como nitrógeno y fósforo.

Este verano, por ejemplo, en la primera quincena de agosto las autoridades y organizaciones civiles de Quintana Roo recolectaron 300 toneladas de algas en las playas, según informó la Secretaría de Marina de México.

Apaleada con tales crisis, la nación ha elaborado una Estrategia de Atención al Sargazo que en 2025 ha logrado reducir el impacto en zonas turísticas clave, con maquinaria especializada y buques diseñados para recolectar la planta en mar abierto antes de llegar a la costa.

Por su parte, el Ministerio de Ambiente y Recursos Naturales de Guatemala reportó una inusual acumulación de sargazo en varias playas del oriental departamento de Izabal, la región de arenas blancas preferida por los turistas. Tal desgracia, sin embargo, ya la habían notado desde 2017 los lugareños.

Lejos de allí, en junio, el Centro Meteorológico Provincial de Guantánamo, adscrito al Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (Citma), emitió una alerta máxima por el arribo y concentración masiva de sargazo en las costas de esta provincia oriental cubana, la cual definió como un "alto" peligro en la salud humana.

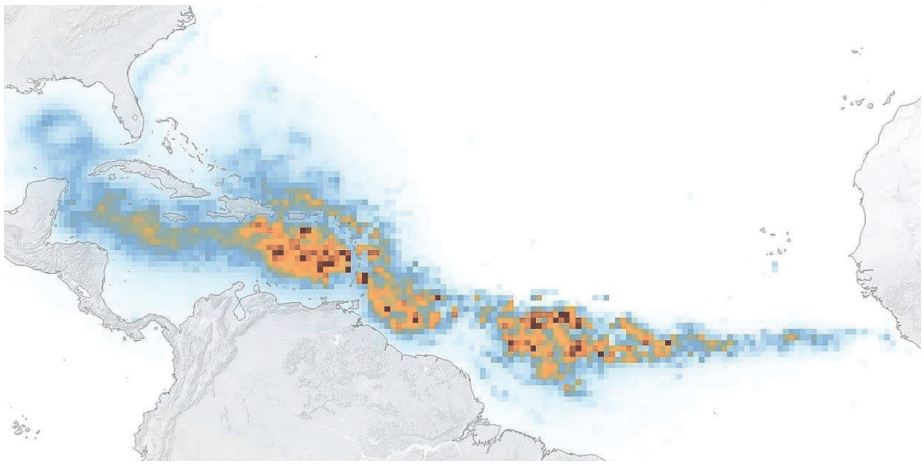
El sargazo es feo. Y también es malo, muy malo. Durante su descomposición libera gases tóxicos, principalmente ácido sulfhídrico y amoníaco, que pueden causar irritación en ojos, nariz y garganta, dolor de cabeza, náuseas, mareos y exacerbación de afecciones respiratorias ya sea asma o alergias.

En su proceso de putrefacción alberga bacterias del género *Vibrio*, capaces de provocar infecciones cutáneas y gastrointestinales por contacto directo o ingestión de agua contaminada.

Para los estudiosos, un evento meteorológico extremo, como un ciclón tropical, podría de golpe evitar que se agrave la invasión. No obstante, antes de rezar por la llegada de otro agresor, ganaron prioridad las iniciativas comunitarias de limpieza de las áreas de baño.

De acuerdo con un reporte de la Universidad del Sur de La Florida, cerca de 38 millones de toneladas de sargazo fueron observadas en el Caribe a principios de junio último, rompiendo el récord histórico medido en igual mes de 2022, que fue de 22 millones. El incremento: 58 por ciento.

Tales acumulaciones impiden el paso de la luz solar, vital en la subsistencia de los arrecifes coralinos y praderas marinas, sistemas ecológicos que



El Gran Cinturón de Sargazos del Atlántico se extiende por más de 8 850 kilómetros, pero su tamaño puede variar. Foto: earthobservatory.nasa.gov.

terminan también asfixiados por los químicos y gases de las algas descompuestas.

Asimismo, dificultan y afectan la industria de la pesca al bloquear las embarcaciones, impedir el paso de las redes, reducir la presencia de animales de captura e incluso, al dañar los campos marinos, frenar el nacimiento de especies comerciales; por ejemplo, camarones, langostas y otros peces.

Al matar las praderas de pastos marinos, provoca también pérdidas de playas, impacta negativamente con la disminución de captura de carbono y aumenta la erosión costera.

A tenor con Brian Lapointe, profesor de Ecología y Calidad del Agua de la citada universidad floridana, la mayor parte de las floraciones se encuentra en el Atlántico tropical occidental, donde el río Amazonas desemboca en el océano.

Las sequías de 2023 y 2024 provocaron una mayor acumulación de nitrógeno y fósforo en la cuenca. Las recientes precipitaciones extremas, con deslizamientos de tierra e inundaciones en la región, generaron de golpe una oleada de grandes cantidades de agua del río hacia el Atlántico. "Las altas concentraciones de fósforo probablemente causaron la rápida multiplicación de las columnas de sargazo", agregó Lapointe.

También atribuyen los nutrientes a ríos como Congo y Níger –como consecuencia de la agricultura– y el polvo del Sahara. La anomalía ya se palpa en las costas de África Occidental.

Con esa cruz, los investigadores han acelerado el estudio de esas plantas desde 2011, cuando se comprobó que había nacido un nuevo fenómeno: el Gran Cinturón de Sargazos del Atlántico (GASB, sus siglas en inglés).

Alga es algo

Un estudio de 2020 del estadounidense Laboratorio Oceanográfico y Meteorológico del Atlántico, señala que un cambio extremadamente fuerte y duradero de la Oscilación del Atlántico Norte (fluctuación en la diferencia de presión atmosférica) en 2010, propició vientos del oeste con más fuerza sobre el mar de los Sargazos y por más tiempo. Esto hizo propagar las masas de algas más hacia el este, fuera del legendario mar sin fronteras, hacia las costas africanas y, por un inmenso giro en el sentido del reloj, hacia las caribeñas.

Así casi todos los años, cada vez con mayor tamaño: hablamos de más de 8 850 kilómetros en el Atlántico central. Vaya impredecible faja: de ahí que se nombre cinturón.

El sargazo es feo, es malo, pero también es bueno, muy bueno: si tres pistoleros de un *western spaguetti* cupieran en uno solo. Mas, a pesar del drama, muchas personas ven una oportunidad para generar actividades económicas.

Imaginemos que la selva recolectada se destine a la construcción de rompeolas y se emplee con fines domésticos e industriales. O se aproveche en la producción de biogás, fertilizantes, forrajes.

Melindres aparte, sepa que se puede freír, hervir, cocinar al vapor o secar. En la medicina china, desde el siglo VIII, se ha usado en el tratamiento del bocio (por el alto contenido de yodo) y en tés que controlan la flema.

Solo falta evaluar que el uso en esas aplicaciones sea sostenible, no dañino ni contaminante.

No obstante, ninguna aplicación parece ser tan ingeniosa como los bloques inventados por Omar Vásquez, en Quintana Roo, para la construcción de viviendas, prensados con 40 por ciento de sargazo y 60 de materia orgánica.

El nuevo material genera un ambiente agradable porque es térmico y mejora la acústica. Incluso, en pruebas antibalas, logró absorber la esquirla. Eso dice su creador, quien, desde luego, no podía tener otro sobrenombre que Señor Sargazo.

Gran cantidad de medidas para intentar contrarrestar el efecto del sargazo en la actividad económica. Foto: semar.gob.mx